



LA ULTIMA APUESTA LA LUCHA 8-I-1919

JAQUE AL REY!

LA LUCHA 8-I-1919

El día primero de este año de gracia — ¿no vendrá a ser más bien de desgracia para nosotros los españoles? — de 1919 no pasamos en la ciudad de Valencia del Cid. De Madrid a Valencia, en un frigidísimo vagón de la Compañía M. Z. A., consumimos amodorrados, los momentos durante los que unos cuantos provincianos de la villa y corte consumirían unas uvas simbólicas en la Puerta del Sol — ¡otra Sublime Puerta! — frente al ministerio de la Desgobernación de este inestable Estado, y las consumirían alegres y confiados. Al romper el alba, un alba clara y riente, nos limpió la vista del insomnio y la modorra el oro de las naranjas que centelleaba al sol naciente entre la verdura del follaje. Y al amanecer en 1919 entre naranjos, junto a la sonrisa eterna del mar latino, quisimos augurar bien de este nuevo año, el de la victoria y la derrota.

Viniendo de tierra adentro, de la meseta esteparia, fulmos en la mañana de ese primero de año a restregarnos la vista y el seso con la contemplación del mar, por el que han pasado los siglos sin dejar una arruga sobre su frente azul, que le dijo lord Byron, uno de sus más ardientes enamorados. Y pensamos que ni rastro de trincheras de la gran guerra queda en el mar. Todos los horrores marítimos de ella los guarda piadosamente en sus tenebrosas entrañas, lejos de la mirada congajosa de las viudas y de los huérfanos. Ni se podría señalar el lugar preciso en que se hundió el fatídico «Lusitania», ni cabe, por lo tanto, poner en él como anclada boya, una gran cruz de «remember».

Y por la tarde de ese mismo día primero de año restregamos nuestra vista y nuestro corazón en el mar,

tienen sus raíces en él, en el pasado. Y hay mañanías indesarraigables, añadimos nosotros.

Al salir de Madrid para la ciudad de Valencia del Cid en la última noche del año 1918, el año de la sentencia, comentábamos los desesperados esfuerzos que hace un régimen caduco para agarrarse á la tabla que se hunde, y sobre todo para que no se haga luz, porque la luz es la muerte de todo despotismo que es arbitrariedad, pero es clandestinidad sobre todo.

Y en esa noche de 1918 á 1919, camino de la clara y abrigada Valencia del Cid, en un frigidísimo vagón de la Compañía M. Z. A., cruzando la estepa manchega de que es un lugar inolvidable la Villa y Corte, pensábamos en el simbólico sentido de una apuesta habida entre el actual canciller del reino — acaso más bien archiducado — de España y un aristócrata — no decimos noble — palatino a cuenta de una discusión en torno á un artículo del «A B C», gaceta del trogloditismo embolado.

Lo ha contado la prensa. El antiguo conde de Romanones, representando el papel público — ¿el público, eh? — de canciller ailadófilo que se le encomendó — por sí las cosas por un azar improbable no salían como se esperaba... apostó contra un aristócrata, cazador y palatino, 2.000 pesetas — nada más que 2.000! — a que vencían los aliados, y las 4.000 pesetas, con un papel firmado y bajo sobre lacrado, se encerraron en un cofrecillo, cuya llave guardó, a modo de notario, á la vez que árbitro, el jefe supremo del Estado español. Y dijo la prensa que el día 28, día de Inocentes, había de abrir el sobre su donación

